

Martín Zulaica López, *El largo intervalo. Historia de la recepción de «El Bernardo» de Balbuena (1624-1832)*

Claudia García-Minguillán

Universidad de Barcelona

p. 172-176

<https://doi.org/10.4000/15p4m>

Referencia(s):

Martín Zulaica López, *El largo intervalo. Historia de la recepción de «El Bernardo» de Balbuena (1624-1832)*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert (Clásicos Hispánicos, 35), 268 pp. (ISBN: 978-84-9192-438-8.)

La colección *Clásicos hispánicos* del sello editorial hispano-alemán Iberoamericana/Vervuert, dedicada a la difusión de estudios y ediciones críticas de textos hispánicos —en especial de aquellos que, por su escasa repercusión o azarosa trayectoria editorial, han quedado relegados de la primera línea de la historia literaria— resuelve con la publicación del volumen 35 una de las paradojas más curiosas de nuestra historia literaria: *El Bernardo* de Balbuena, un poema épico que, pese a ser uno de los más célebres de la tradición hispánica, figura entre los menos estudiados, editados y, en consecuencia, entre los menos leídos y conocidos.

Con el título *El largo intervalo. Historia de la recepción de El Bernardo de Balbuena (1624-1832)*, el profesor Martín Zulaica López (Universidad Rey Juan Carlos, Madrid) presenta una valiosa monografía con la que resuelve el gran misterio que ha envuelto al *Orlando* español. El estudio se propone reconstruir la vida *post editionem* y la amplia recepción cultural *saeculorum decursu* de *El Bernardo* o *La victoria de Roncesvalles*, de Bernardo de Balbuena, probablemente el poema épico más importante de la tradición literaria hispánica que, tras su publicación en 1624 en los madrileños talleres de Diego Flamenco, había quedado relegado a lo anecdótico y condenado al olvido. Gracias a las investigaciones del profesor Zulaica, podemos tener acceso a un análisis que esclarece los canales e interlocutores que convirtieron a *El Bernardo* en una de las grandes paradojas de nuestra literatura.

El estudio tiene su origen en una titánica tesis de doctorado con la que no solo se establecían los principales temas y vías de estudios sobre el poema, sino también se ofrecía la primera edición crítica de sus 5.000 octavas —solo esto último constituye una de las aportaciones más destacables en las últimas décadas—. En esta ocasión, amplía su campo de especialización de los estudios barrocos y asume la tarea, no tan habitual en nuestra filología, de no limitar su estudio a los momentos inmediatamente posteriores de la edición, es decir, en el terreno de su especialidad en literatura barroca, sino que también se detiene en analizar con rigor los espacios estéticos y círculos intelectuales que acogieron la valoración del poema entre la Ilustración y la era decimonónica.

El profesor Zulaica presenta una obra poliédrica que cumple diversas funciones: por un lado, se trata de un ensayo de gran erudición que, pese a la abundancia de referencias y materiales, ofrece una lectura amena (mérito indudable del autor, dado que la materia no es sencilla); por otro, constituye un auténtico manual de historiografía literaria. Combinar ambos aspectos no es tarea

fácil, pero Zulaica lo resuelve con inteligencia al optar por el sistema de referencia tradicional de la escuela filológica española, con su subdivisión en epígrafes y párrafos, lo que da como resultado una obra técnica y, al mismo tiempo, sumamente sencilla de consultar y citar.

El estudio se organiza en tres grandes secciones, precedidas por un apartado introductorio en el que se aclaran los objetivos de la obra, se delimita su campo de estudio y se detalla la metodología empleada. Esta estructura busca dilucidar cuál ha sido la vida editorial de *El Bernardo*, así como la de Balbuena y el resto de sus obras, *Grandeza Mexicana* (1604) y *Siglo de Oro en las selvas de Erifile* (1608). De este modo, se establecen tres grandes conceptos —autoridad, edición y divulgación— que funcionan como puntos cardinales para la conceptualización del estudio.

El primer capítulo, titulado «Sin pena ni gloria (1624-1671)», reconstruye la casi novelesca historia —más cercana al género de misterio— de la composición, edición e impresión de *El Bernardo*. Con una doble vida peninsular y novohispana, la obra de Balbuena logró cruzar el océano, aunque no consiguió insertarse en los círculos necesarios para obtener la aprobación y la impresión según el deseo del autor. Todo apunta a la dificultosa coordinación de proyectos editoriales entre las dos costas hispanas, pero, como advierte Zulaica con cautela, todavía aún no es posible ofrecer una explicación definitiva al retraso de quince años en su publicación. Lo que sí traza el investigador es la intervención de Lope de Vega en la aparición de *El Bernardo*, hecho que permite situar a Balbuena en los círculos literarios de los poetas más granados del barroco.

Los siguientes capítulos, titulados respectivamente «Por la autoridad a la edición (1672-1807)» y «Por la edición a la divulgación (1808-1832)», dan cuenta del impresionante número de ocasiones en las que *El Bernardo*, Balbuena y su obra en conjunto, fueron citados y analizados. La transversalidad de este estudio no se limita únicamente a su perspectiva de *longue durée*, que abarca más de tres siglos de historia, sino también a la multiplicidad de espacios intelectuales y círculos literarios (academias, planes de impresión, intercambio epistolar, diarios de composición, prensa, etc.), así como a la diversidad de especialidades y disciplinas implicadas (creación, crítica literaria, historiografía, política, estética). En conjunto, este ensayo —que, como se ha señalado más arriba, es tanto historia de la literatura como también un manual de historiografía literaria— ofrece una visión completa y erudita de la presencia de Balbuena —visible, difuminada o, en ocasiones, incluso fantasmal— en la vida literaria de España, desde los siglos barrocos hasta casi la era contemporánea.

El profesor Zulaica ha logrado articular dos aspectos de la tradición literaria que, como acertadamente reivindica, han quedado relegados en los márgenes de los planes de estudio: la poesía épica del Siglo de Oro y la literatura del periodo ilustrado, ambos habitualmente apartados de las lecturas de cabecera de muchos hispanistas. Sin embargo, un gran tema subyace en el estudio: la conformación del canon y su organicidad como concepto maleable, sujeto a los vaivenes biológicos, históricos, sociales y culturales de una sociedad.

No deja de resultar llamativo que la figura de Balbuena, casi siempre a través de *El Bernardo*, emerja de manera recurrente como un coloso invisible. Uno de los mayores atractivos de este trabajo es, precisamente, la indagación en las causas de esta presencia: ¿se trata, acaso, de mero nacionalismo? El asunto adquiere un sesgo nacionalista en tanto que el poema épico de Balbuena resurge en una época de conformación de las fronteras nacionales, con la consiguiente redefinición y refundación de los cánones literarios propios de cada nación. En este sentido puede considerarse nacional; pero la cuestión adquiere un calado más profundo, en el que diversos actores deben coordinarse para ofrecer una explicación satisfactoria al porqué Balbuena siempre debe tener un lugar en el pináculo de la épica hispánica.

La lectura de *El Bernardo* quedó restringida a un selecto grupo de poetas y eruditos. Conviene no dejarse llevar a engaño por esta afirmación: ese grupo de intelectuales españoles estaba integrado,

nada menos, que por Lope de Vega o Mira de Amescua; por Nicolás Antonio, padre de la bibliografía española; por los poetas más destacados del siglo xviii vinculados al Parnaso salmantino; por los principales ideólogos del liberalismo político en la España romántica; así como por relevantes figuras de la historiografía literaria hispánica.

No deja de ser fascinante que Balbuena nunca llegara a ser realmente un desconocido en las letras hispanas. Entre los conocedores de la buena poesía, su nombre aparece de forma recurrente, ya sea por la referencia directa a su figura —a menudo equiparada a la de Ariosto— o bien por su influencia poética. Los ecos de Balbuena se dejan sentir a lo largo de los siglos estudiados, aunque solo pueden ser identificados por quien se erige en verdadero especialista. Un ejemplo de ello es la identificación que realiza Zulaica de la huella de *El Bernardo* en Jovellanos (pp. 104-105), o los ecos y recurrencias señalados entre Balbuena e Iglesias de la Casa (p. 115) y Cienfuegos (pp. 120-123). Este recorrido por la historiografía literaria hispánica, desde el temprano siglo xvii hasta bien entrado el xix, pone de relieve cómo la vida de *El Bernardo* ha sido orgánica a su contexto y, al mismo tiempo, víctima de los vaivenes políticos, como muestra el detallado debate suscitado por el *Arte de hablar* de Gómez Hermosilla (pp. 205-212). El estudio de la influencia y la conexión intertextual entre Balbuena y los poetas de los siglos posteriores constituye el primer paso para responder a cuestiones de mayor calado: ¿qué vieron los intelectuales dieciochescos y decimonónicos en *El Bernardo*? ¿Qué podía ofrecer esta epopeya en el marco estético de su tiempo?

El Bernardo es, sin lugar a duda, una obra apreciada por una élite cultural muy reducida. Y, dentro de esa reducida élite, no todos lo consideraron digno de ser leído, ni, mucho menos, merecedor de convertirse en modelo de composición poética. Con todo, en la gran mayoría de las menciones recogidas por Zulaica, el poema épico de Balbuena emerge como una obra que *debe* estar, *debe* formar parte del canon poético, que no puede menos que ser mencionada. Esta idea compartida por una larga nómina de intelectuales de nuestra historia literaria resulta suficientemente llamativa como para ser tomada en cuenta. En este sentido, el libro de Zulaica abre un camino de gran interés para comprender cuáles son las circunstancias estéticas y socioculturales que impulsan la progresiva evaluación de una obra; en otras palabras, el proceso de canonización y sus dinámicas¹.

Por último, conviene señalar dos aspectos. La abundancia de información rescatada por Zulaica nos exige una mayor dosis de imaginación a la hora de valorar la influencia de una obra en su campo literario. Que *El Bernardo* de Balbuena no fuera ampliamente citado, y que transcurriera en su siglo «sin pena ni gloria» no implica necesariamente una irrelevancia absoluta. Sirva el ejemplo de la *Franciade* (1572), de Pierre de Ronsard (1524-1585), un poema épico de corte mitológico sobre la genealogía de la familia Valois y el origen de la nación francesa que, a pesar de poco leído y duramente criticado en su tiempo, contribuyó al programa iconográfico de edificios gubernamentales de la ciudad de París. ¿Es esta, entonces, una historia de fracaso? Según Philipp Usher, no². En esta misma línea, Zulaica, como gran conocedor de *El Bernardo*, identifica múltiples pasajes en los que el poema épico ejerció influencia sobre otros. Véase, entre numerosos ejemplos, el caso de Lope de Liaño (pp. 45-48), quien se inspira en un episodio empleado en el poema épico para su pieza dramática *Bernardo del Carpio en Francia*. Este ejemplo basta para recordar que, más allá de marcos de interpretación de la cultura de masas, es necesario involucrar factores adicionales en el análisis de la recepción de una obra, algo que en *El largo intervalo* se ejecuta con rigor.

¹ Así esta obra dialoga con numerosos trabajos sobre la conformación del canon literario, especialmente con los trabajos de Pozuelo Yvancos y Aradra (*Teoría del canon y literatura española*, Madrid, Cátedra, 2000).

² Usher, *Epic Arts in Renaissance France*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

Por otro lado, convendría evitar los juicios a *La Henriade* de Voltaire como una obra «exangüe» (p. 68), o tachar cualquier crítica contra la poesía barroca española como «Juicios neoclásicos bebidos en Voltaire» (p. 71). Tan solo hay que recordar que una idea neoclásica de la épica no existe, que el concepto de neoclasicismo es mucho más complejo de lo que planteó Bray en *La formation de la doctrine classique*: Cronk ya lo definió como un «elusive concept»³. Ni Boileau, ni Chapelain, ni Rapin, ni Madame Dacier pudieron aportar un claro código neoclásico. Los numerosos tratados evidencian la dificultad de definir qué era el género épico —desde el temprano Michel de Marolles hasta Étienne de Fourmont—, y el propio Voltaire, en su *Essay upon epic poetry* (1727-28) reconoce que no existe una idea clara⁴. Lo que sí que hace Voltaire claramente es desistir del modelo ofrecido por René Le Bossu en *Essai sur le poème épique* (1675), tratado considerado, por cierto, como el más neoclásico de todos. Más allá, el propio Luzán renunció a las ideas de Boileau y del propio Le Bossu⁵. Por ello, reducir esta reflexión al debate polarizado entre neoclásico-afrancesado o barroco-nacional funciona para la gran perspectiva de la Ilustración española, pero hace que pierda algunos matices⁶.

Al margen de esto, el libro satisface muchos deseos, y seguro que dirigirá la recepción de *El Bernardo* de Balbuena más hacia la gloria que hacia la pena. Los que hemos leído a Balbuena, y todavía tenemos el aprecio y el gusto por la lectura deleitada y lenta que exige la poesía épica, conocemos y apreciamos los esfuerzos del profesor Zulaica en la publicación de sus trabajos tan importantes sobre la vida y obra de Balbuena, y esperamos con el mismo entusiasmo que pueda concluir la primera gran edición crítica de *El Bernardo*.

Fuente original: <https://journals.openedition.org/criticon/25705>

³ Cronk, *The Classical Sublime: French Neoclassicism and the Language of Literature*, Charlottesville, Rookwood Press, 2002, p. i.

⁴ Voltaire, *La Henriade*, suivi de l' *Essai sur les guerres civiles de France* et de l' *Essai sur la poésie épique*, eds. Daniele Maira y Jean-Marie Roulin, Paris, Classiques Garnier, 2022, p. 400.

⁵ Ignacio de Luzán, *Poética*, ed. Russell P. Sebold, Madrid, Cátedra, 2008, pp. 657-658.

⁶ Cuando se entra en detalles, especialmente en los de la discusión teórica y crítica sobre el género épico, la discusión se complica enormemente, pues cualquier debate sobre la épica —y en esto se debe incluir también a *El Bernardo* de Balbuena— se encuentra enlazado con los grandes debates renacentistas, como: la idoneidad de la alegoría (Treip, *Allegorical Poetics & the Epic. The Renaissance Tradition to Paradise Lost*); el debate sobre la utilidad moral de la poesía; la defensa de la maravilla épica o, al contrario, la disputa sobre su secularización; la transformación de la materialidad del poema épico en cantos épicos (Pierce, «The *Canto épico* of the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Hispanic Review* y Cebrián, «El género épico en España: de los poemas mayores al canto épico», *Philologia hispalensis*); la heterogeneidad de un sistema teórico (Csűrös, *Variétés et vicissitudes du genre épique de Ronsard à Voltaire*), la emergencia de la novela, etc.